

"King Kong", el primer monstruo

Desde Nueva York, por Sergio Vodanovic

Meses atrás, en la redacción de EL DEBATE, uno de los críticos de cine tecleaba furiosamente la vieja máquina de escribir. Estaba haciendo la crítica cinematográfica de una película norteamericana en que "la estrella" era uno de esos inmensos monstruos en que son tan fértiles las producciones taquilleras. De pronto, y deteniendo sus ímpetus críticos, dejó de escribir y me preguntó:

—¿Eran mejores las películas de mons-

truos de antes o es que uno está acostumbrado a ellas? Y luego agregó: "Porque yo recuerdo la impresión que me causó cuando vi King-Kong. Todavía la recuerdo como una gran película."

En el cine de la Universidad de Yale, donde suelen desenterrar algunas viejas cintas, a la par con la presentación de éxitos más recientes, programaron "King Kong" y fui a verla en busca de la respuesta a esa pregunta.

Haciendo caso omiso de ciertas ingenuidades que para nuestra mentalidad de hoy, tiene la cinta, creo que, ciertamente, "King Kong" es una gran película que merece estar en la cinemacoteca del Museo de Arte Moderno de Nueva York, donde efectivamente se guarda una copia de ella. Sin embargo, si queremos compararla con las cintas actuales de monstruos, aparentemente veremos poca diferencia entre "King Kong" y sus sucesoras. ¿Por qué esta nos impresiona y aquellas no? ¿No habrá una distorsión en nosotros mismos que queremos encontrar cualidades inexistentes en la primera película de monstruos, simplemente porque es la primera?

Por varios días he tratado de encontrar una respuesta adecuada a estas preguntas y he llegado a la conclusión de que "King Kong" tiene el inmenso privilegio de la originalidad, de la creación personal, de la calidad artística, en suma. Se advierte, a través de toda la cinta, una frescura de realización que es la que no se halla en las cintas que la precedieron. Todas las películas de monstruos que Hollywood ha producido con posterioridad, se basan en la receta dada por "King Kong". Pero la receta se nota, se ad-

vierte en cada toma y el resultado, por lo tanto, tiene que ser deficiente.

No es éste, por lo demás, un problema específico de esta clase de cintas. Cada vez que algún director, productor, o argumentista, quijotesca se ha lanzado a la tarea de crear algo nuevo en el cine y ha acertado, de inmediato, la experiencia se convierte en un padrón de donde nacen cientos y cientos de películas semejantes. Los productores no se explican el porqué éstas no tienen la misma resonancia que la primera y no comprenden que, lo que ha sucedido, es que a una labor personal que, como tal, puede alcanzar la calidad de obra de arte, le ha sucedido una industria. Por semejante que sea una imitación de La Gioconda, el original tendrá su propio valor y las copias, continuarán siendo meras copias.

Pero, volviendo a King Kong, hay algo más en esta película. Se pretendió hacer una cinta imaginativa y de horror y se consiguió plenamente no midiendo sus consecuencias. Las repetidas batallas de King Kong con los demás supermonstruos que habitan en su legendaria isla, a pesar de las imperfecciones técnicas de los trucos de filmación, son verdaderamente impresionantes. Además, hay un pequeño detalle, pequenísimo,

tal vez, porque ha pasado, al parecer inadvertido para los imitadores de King Kong. La gran bestia a pesar de su deformidad, concita la simpatía del público al sugerirse en forma sutil que se ha enamorado de la heroína. Esto podrá parecer monstruoso, pero, en el hecho, le da a King Kong una dimensión humana, una calidad extra bestial que hace que el espectador lamente la última escena en que el monstruo es derribado de la cúpula de Empire State Building, por la aviación norteamericana, tan ridículamente anticuada, por lo demás, para los ojos de los espectadores de nuestros días.

La receta, parece ser el gran problema no sólo del cine, sino del teatro norteamericano cuando alguien acierta con una idea o desarrollo original, es "business" (negocio) seguir nurgando sobre el mismo padrón. Pero si bien puede reconstruirse el proceso argumental, no es posible que se repita el proceso de la creación que es lo que otorga, en definitiva, calidad a una cinta o a una obra de teatro.

King Kong, era el único monstruo que se guarde en la cinemacoteca del Museo de Arte Moderno de Nueva York, porque tiene el mérito de ser una labor de creación y no una mera copia.